

LA LIRA DEL TÁDER.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA Y TEATROS.

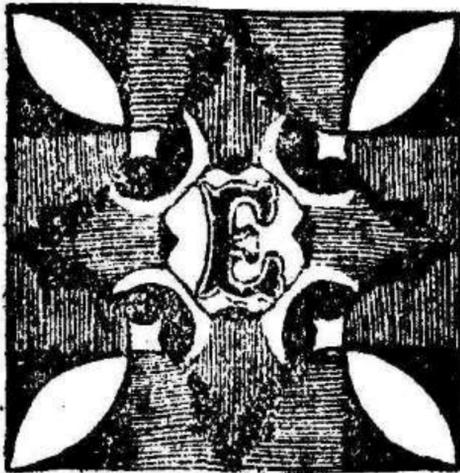
Murcia 3 de Agosto de 1845.

Salen todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel núm. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D Pedro Martinez calle de la Traperia núm. 67 por 4 rs al mes y 22 por 6 meses, llevado á las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y correosales de la Redaccion por 5 rs al mes y 28 por seis meses, franco de porte.

LITERATURA.

CLASICISMO Y ROMANTICISMO,

con aplicacion á la poesia dramática.



El señor Martinez de la Rosa dice en su advertencia á *La Boda y el duelo*, que afortunadamente ha empezado á decaer la moda que amenazaba inficionar nuestro teatro, no solo en la

parte literaria, sino en otra de mas importancia y trascendencia; opinion que aun cuando sea verdadera hasta cierto punto, no creo que en realidad se proponga atribuir á los caprichos de la moda la aparicion del romanticismo en el teatro nacional y extranjero. Convenimos en que una turba de imitadores ha llevado los desmanes de aquella escuela hasta un extremo digno de censura; mas no porque haya habido extravios en esa senda peligrosa, ha de ser justo cerrarla ó entorpecerla para volver de nuevo á la *Comedia de Moratin*, demasiado llana y humilde en esta época de pasiones reconcentradas. Lo mas oportuno y conveniente seria alejar de la república literaria la distincion de clásicos y románticos, porque de ese modo no se incurriria por espíritu de parcialidad

en aberraciones perjudiciales á la moral y al buen sentido, ni los autores de la moderna escuela llevarían su antagonismo al punto de contentarse meramente con infringir las leyes clásicas su objeto recomendable, y sin oportunidad ó precision en muchas ocasiones. Por eso hemos creído no del todo inútil (aunque pueda calificarse de arrojo temerario) demostrar que no existe una verdadera divergencia entre una y otra literatura, ni aun con aplicacion á la poesía dramática.

Al entrar en materia, no hablaremos de las famosas *unidades*, porque refiriéndose á la contextura material de la *Tragedia* y la *Comedia*, no las creemos suficientes para dar motivo á la division de los poetas dramáticos. Por otra parte, la unidad de *accion* se reconoce y admite por ambas escuelas, y las de *lugar* y *tiempo*, además de ser demasiado secundarias, no se observaron por los antiguos de la manera que se pretende, ni los modernos las adoptan en toda su amplitud como elemento necesario. La índole y naturaleza del argumento es lo que decide de la observancia ó infraccion de tales reglas accesorias. Quebrantarlas sin motivo, es reprehensible; observarlas con inverosimilitud, absurdo: desechar un asunto interesante por no caber en el lugar y tiempo de la escena, es una pérdida y menoscabo sensible en los acópios de Talía. Debe pues residir en otra parte la diferencia que buscamos.

Los gefes y dogmatizadores de la escuela novísima (si no hemos comprendido equivocadamente la explicacion de uno de ellos) pretenden hacer ver que el suyo es el único verdadero drama, según el caracter de la sociedad en que vivimos. Cada género de poesía tiene su época propia. La lírica correspondía al principio del mundo, porque los hombres recién salidos de la mano omnipotente, apenas tuvieron tiempo de fijar su atencion en otros objetos que no fue-

sen las magníficas y portentosas creaciones de la naturaleza; de modo que llevados de su entusiasmo y asombro, debieron prorrumper espontáneamente en himnos y alabanzas al Ser Supremo. Templada la inspiracion primera, ensordecieron algun tanto las voces de música tan elevadas, y como era natural, dirigió despues sus acentos á los hombres mas notables y dignos de admiracion ó gratitud, como los Semi-Dioses, los héroes, los Reyes y Pastores de los pueblos: de aquí nació la *epopeya*. En la tercera edad abatió su vuelo el genio de la poesía, fijó la vista en lo mas humilde de la tierra, y percibió la mezcla de sublime y ridiculo, de austero y jovial, de grave y grotesco, que forma el tipo de la sociedad de los hombres: de esta variedad ha debido nacer y tomar cuerpo el verdadero *drama*. Es pues nuestro siglo esencialmente dramático, y el poeta para llenar esta condicion, debe tomar los colores de sus cuadros en la paleta de la misma sociedad, copiando al vivo el contraste de lo sério y lo grotesco, sin atenerse á la uniformidad causada y fria de los dramas griegos, ni al gracejo llano y pedestre de composiciones poco artificiosas. A las primeras edades correspondió exclusivamente el cultivo del drama heróico: Aquiles, Orestes, Atreo, Edipo, personajes de la *epopeya* eran naturalmente los protagonistas del drama trágico; pero nosotros que nos arrastramos penosamente por el fango de la vida positiva, asistirémos con mayor interés á las representaciones simultáneas de lo poco bueno y mucho malo que vemos y sentimos en esta sociedad decrepita, desnuda de la alegría de la infancia y de las ilusiones de la juventud, condenada al fastidio y desabrimiento de una existencia lisa y marchita. Tal es en nuestro dictámen la teoría del drama romántico; pero debe notarse que antes de su aparicion, era ya conocida y practicada por el instinto del genio. El vate verdaderamente

inspirado, sin necesidad de acogerse á una bandera literaria, copia siempre la imagen de la sociedad en que vive, y adopta el tono de su tiempo. El Dante compuso un poema, y conociendo por instinto que en su edad solo podian hacerse dramas con éste ó esotro nombre, "sobre el frotispicio de su gigantesco monumento escribió con pluma de bronce: "*Divina Comedia.*"

Ahora bien; si de la rica y opulenta mina de lo grotesco, mezclado oportunamente con lo grave y adusto, nace la condicion del drama, es facil hacer ver que los clasicos no se oponen á su explotacion y beneficio. Aristoteles comprendió yá que no eran personajes á proposito para la *Tragedia* los que fueren constantemente buenos ó malos, sino aquellos que participasen uno y otro. Cascales (el mas rígido de nuestros humanistas) que en sus *Tablas Poeticas* fulminó una censura colérica y amarga contra la llamada *Tragicomedia*, explicó despues el sentido de su anatema en una de sus *cartas filológicas* al Maestro Ginés de Sepulveda, conviniendo con este literato en que solo debia reprobarsela mezela de lo grave y lo ridiculo en la persona principal del drama, no en las episódicas ó subalternas. Pasando de los preceptos á la práctica, elegirémos para ejemplo al Sr. Martinez de la Rosa, como uno de los censores menos indulgentes en el particular de que se trata. Este aventajado poeta supo mezclar diestramente lo grotesco con lo patético y sublime en *La Conjuracion de Venecia*. Figaro, hablando de esta composicion decia que era una cosa terrible haber arrojado una escena de amor entre sepulcros: nosotros añadimos que fue todavia mas ingenioso y aterrador el haber cubierto de un velo fúnebre una funcion de mascarar. Ambos contrastes sublimes y patéticos se dejan ver en la *Comedia* del Sr. Martinez de la Rosa, que sin embargo de ser preceptista clásico obedeció las inspiraciones de su

númen, y se acomodó al tono de la época por el instinto del genio.

Mucho mas pudiéramos extendernos, si los limites de un artículo lo permitiesen, para demostrar que al reconocer con imparcial criterio los aledaños divisores del *clacisismo y romanticismo* en la poesia dramática, desaparecen y se confunden, sin quedar otra cosa de su existencia que los nombres de ambas escuelas, el ruido de las disputas, los extravios del espíritu de sistema, el arrojo de sectarios intolerantes, y los excesos de una licencia desenfrenada y nociva.

P. M. V.

ULTIMO SUSPIRO..!

A LELIA.

SONETO

Trémulo el corazon, el alma herida,
Sin alas con que alzar mi pensamiento,
Ayes voy dando al rumoroso viento
Pues miro inquieta caminar la vida;

Que si yo te arrullé, perla escondida
Del hondo mar en el obscuro asiento,
No me atendiste, y se perdió mi acento
Y tambien se perdió mi paz querida...

Por eso en medio de la amarga lucha
En que vence el desden á los amores
Mi suspiro postrero, Lelia, escucha:

Que alguna vez sabrás mis sinsabores
Cuando la fé de tu pasion sea mucha
Y te olvide el galan á quien adores.

A. Arnao.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON DIEGO DE SAABEDRA FAJARDO

Hay hombres que nacen predestinados á una fama eterna, y aun glorioso

renombre, ya por la elevacion de sus talentos, ya tambien por los eminentes servicios que su posicion les ha proporcionado prestar al país. Don Diego de Saavedra Fajardo consagrando su vida entera á los mas profundos estudios, y al desempeño de encargos difíciles se ha conciliado una doble celebridad que mortalizando su memoria ha venido á reluir en honra de la provincia que le viera nacer.

La provincia á su vez debiera mostrarsele agradecida, levantandole un monumento que lo espusiese á la consideracion pública y sirviese de ejemplar á tantas personas acomodadas que dejan correr su esteril vida, sin dedicarse á ningun proyecto útil y beneficioso á su patria. Algun día sin duda se consagrará esta muestra de aprecio al ilustre autor de la Corona Gótica, entre tanto dediquemos algunas lineas á su memoria, y reproduzamos sus no olvidadas glorias

Don Diego de Saavedra Fajardo nació en la huerta de esta Capital y fue bautizado en la parroquial iglesia de Algezares en 6 de mayo de 1584. Sus padres don Pedro Saavedra y doña Juliana Fajardo ambos de ilustre linaje, tenían su hijo domicilio en la Ciudad segun lo afirma el historiador Cascales su contemporaneo, y por lo mismo es probable que el autor de las Empresas Politicas recibiese en ella y en su Seminario de san Fulgencio, recientemente fundado por aquella epoca, los primeros rudimentos de su educacion científica. Muy luego sin embargo pasó á la escuela Salmaticense, superior á todas á la sazón, donde cinco años de penosos estudios le versaron suficientemente en ambos derechos, y le dieron la instruccion bastante para doctorarse en ellos. Sus precoces talentos fueron apreciados cual debian, y en 1517 obtuvo una prebenda en la santa Iglesia Metropolitana de Santiago sin otros beneficios que se le habian conferido anteriormente. Empero su destino que le

llamaba á muy distintos fines, le separó de la carrera eclesiástica en la que no recibió sino las primeras órdenes, para abrir otro campo á la fecundidad de su genio. Joven de 22 años, en el de 1606 acompañó á Roma en calidad de Secretario de Cifra á nuestro Embajador en aquella Corte el Cardenal don Gaspar de Borja á quien despues siguió con el mismo carácter, cuando el digno prelado fué nombrado Virrey de Napoles. Tambien le asistió en calidad de Conclavista en los Conclaves de 1621 y 1623 en que resultaron elegidos Sumos Pontifices los Cardenales Alejandro Ludovisio y Mafei Barberini denominados despues Gregorio V, y Urbano VIII.

En 13 de Febrero de 1607 se le hizo merced del habito de Caballero en la orden militar de Santiago, y en el 1621 se le nombró secretario de S. M. con ejercicio de decretos. Durante toda esta epoca y en los años posteriores hasta 1643 estuvo desempeñando con mas ó menos asiduidad varias misiones diplomaticas, en las que demostró un talento superior y una sagacidad poco comun. No es facil fijar con nimia exactitud las epocas ciertas en que le fueron conferidos estos encargos; pero tanto en el Diccionario historico de Moreri, como en la Biblioteca nueva de D. Nicolas Antonio y mas especialmente en la dedicatoria de las Empresas Politicas se dá una idea de ellos, ó al menos de los mas importantes y de mayor consideracion. Por estas obras se sabe que desempeñó la agencia de España en Roma donde su *conducta le merecio suma estimacion*, que estuvo de Embajador en Babieca y Viena asistiendo al conbento electoral de Ratisbona en 1636 en que fue elegido Rey de Romanos, el Emperador Fernando III. Despues á ocho dietas en los cantones Esguizaros y ultimamente en Ratisbona á la general del Imperio representando á la serenissima casa de Borgoña. En 1643 fue destinado como uno de los plenipotenciarios de España al congreso

de Munster y Osnabruc donde reunidos todos los de las potencias Europeas estaban tratando bajo la mediacion de Monseñor Fabio Clugi, (despues Alejandro VII) Nuncio Apostolico, y de Luis Contarini embajador de Venecia, la paz general que despues de graves dificultades se ajusto en 1648, y es conocida en la historia con la denominacion de paz de Wetsfalia. El autor de quien extractamos muchas noticias relativas al distinguido personaje que nos ocupa, se lamenta con sobrado fundamento de nuestra proverbial incuria y de la punible indiferencia con que siempre hemos mirado los Españoles todo cuanto pudiera consignar las innarcesibles glorias de nuestro pais, dando lugar á sus eternos emulos para lanzarnos impunemente los venenosos tiros de la maledicencia y la calumnia. Hecha de menos en esta ocasion las memorias que debieron publicarse de los acontecimientos mas notables relativos á las negociaciones de Munster, y las hecha de menos con tanta mas razon cuanto que nuestro silencio ha venido autorizando, y ha dejado sin contestacion las odiosas imputaciones de escritores estrangeros especialmente Basnage Puffendorf y otros escritores suecos y holandeses, enemigos encarnizados en aquella epoca de la nacion Española, y el Italiano Victorio Siri apasionadamente interesado por el Cardenal Mazarini, y ultimamente el jesuita frances Guillermo Jacinto Bougeant quien en su historia de la Paz de Wetsfalia y de las negociaciones que la precedieron, reanimando cuanto sus predecesores afirmaron se desata en terribles denuestos, y pinta con singular acritud y con feos coloridos a los ministros y embajadores españoles concentrando especialmente su saña, contra Saavedra Fajardo á quien trata con notable impudicia, y ataca cruelmente hasta faltandole al decoro y á las consideraciones debidas.

(Se concluirá.)

J. M. Fernandez.

SOLIMÓ.

Siempre solo; Oh dolor! sobre mi frente
Signo de maldicion puso el destino
Y el dedo de su mano omnipotente
Me señaló un desierto por camino.

Vago errante por él, con mis miradas
Busco la virgen pura á quien amar,
El eco que responde á mis pisadas
Me anuncia no podré sino llorar.

Siempre llorar ¡insólito martirio!
Llorar, solo llorar!!! sin que haya un ser
A quien pueda decir este delirio
Que empieze el corazon á correr.

No gozar las caricias de la hermosa
Que adoro, cual los Angeles á Dios:
Con mi suerte luchando, asáz penosa,
Que un imposible puso entre los dos.

Imposible cruel, nudos malditos
La ligan para siempre á mi rival
Y en fuerza de este lazo, de estos ritos
Una larga distancia hallo fatal.

Distancia inmensa, inespugnable muro,
Valla interpuesta al loco y ciego amor,
Yo te respeto, mas en trance duro
Mi corazon escala su dolor.

El gilguerillo parlero
Hiende los aires ufano,
Y ora triste ó placentero
Con amoroso reclamo
A su bien se une ligero.

Entre juegos candorosos
Gozan placeres divinos,
Y en delirios amorosos
Jantan sus picos hermosos
Formando flexibles trinos.

La tórtola cariñosa
Con patéticos quejidos;
En la noche silenciosa,
Llama á su amante dichosa
Que responde á sus sonidos.

En armoniosos arrullos
Disfrutan de aquel cariño,
Y la brisa en su murmullos
Como languidos aullos,
Rinde homenajes á un niño.

Todo sér, todo viviente
Disfruta de libertad,
Menos el hombre inocente

Que su intenso amor, ardiente
Repele la sociedad.

Una celestial belleza
Dó quiera miran sus ojos
Y su gracia y gentileza
Destierra de su cabeza
Los maldecidos enojos

Solo piensa en su hermosura,
Solo le anima el amor
Y en medio de tal locura
Olvida que en desventura
Se trocará aquel ardor.

Por que este recuerdo cruel
Se mofa de una pasion
Combirtiendo en dura hiel
Lo que era vaso de miel,
Lo que formaba ilusion.

Digalo yó, que su arenal inmundo
Cruzo sin un momento de placer:
Digalo yo, que en mí dolor profundo
No hallo un hoy, un mañana, ni un ayer.

Digalo yo, que en tormentoso sueño
Aparece á mis ojos la verdad:
Jamas de esa hermosura serás dueño
Me dice, ¡ maldicion, fatalidad. !!

Siempre aislado en recinto tan estrecho
Los impulsos del alma conteniendo,
Abrigar el amor acá en mi pecho.
Y tortura sufrir, vivir muriendo.

Agonia sin fin, interminable,
Lucha mortal del corazon doliente
Ensaña tu poder abominable
Y hunde en el polvo mi marchita frente.

F. M. Y. y. Sola.

UNA BUENA MARIA.

Era en el mes de Mayo de 1844:
en ese mes en que la vegetacion ha lle-
gado á su colmo en los paises meri-
dionales, y en el que se perciben esas
brisas tan suaves y tan olorosas como el
aliento de una virgen de quince años.

Qualquiera diria, que asi como en
este tiempo llegan á nuestros suelos las
aves emigradas del medio dia, vienen tam-
bien esos airecillos embalsamados desde
el oriente á hacer su mansion entre noso-
tros. Todo es verdor y lozania en la

Naturaleza, parece que arrojando sus ga-
las y perdiendo sus sonrisas en el oto-
ño como una hermosa viuda, guarda
su luto en el invierno, y vuelve en la
primavera á embellecerse de nuevo, y á
manifestar sus hechizos ocultos por los
hielos. Desplega todos sus adornos, to-
das sus joyas, todas sus gracias, todos
sus artificios, como la coqueta que es-
pera á su querido. Entonces es cuando
susurran las aguas con mas armonia,
estremeciendo blandamente la yerba tier-
na que las oculta á nuestra vista, en-
tonces es cuando deja oir la tortola su
monotono arrullo, el gilguero sus gritos
desiguales, y cuando el aire gime entre
las ramas de los naranjos como un nue-
vo ruiseñor.

¿Quien no ha sentido en esta época
una confusion interior que nos hace sus-
pirar? ¿Quien no ha experimentado una
leve inquietud que nos hace amar el
campo, que nos inclina á las ilusiones,
que nos trae las esperanzas y las bri-
llantes inspiraciones, que nos resucita
los recuerdos, que nos dá un aumento
de vida que parece nos oprime? ¿Quien
no habrá probado esa alegria que se
hospeda en nuestro corazon, como la
golondrina en los palacios?

¡Ah! solo un joven no gozaba de es-
tas delicias, y no sentia mas que amar-
gos pesares: disgustado hasta en las di-
versiones se le habia visto salir de la
glorieta en los dias de mas concurrencia
y retirarse aun sitio solitario de la huer-
ta para desahogar su pena y para llo-
rar. Amaba con la pureza y el delirio
del primer amor, y no era correspondi-
do ya: solo contaba cerca de 17 años
cuando una mañana recorria con paso
tardio la encantadora ribera del Segura,
con la cabeza inclinada sobre el pecho.
Asi se deja caer la flor marchita sobre
su tallo. Rodean su corazon tristes som-
bras, no estiende el sueño sobre su le-
cho la alfombra sembrada de adormide-
ras hace ya tiempo, y la noche no le
ofrece el placido descanso que dá á el

hombre fatigado. Camina sin saber por donde pisa, como el piloto que perdió su timon en noche borrascosa y de tempestad, y su alma conmovida ignora igualmente el rumbo que puede salvarla.

Admira con indiferencia la verde caña llena del rocío que la aurora arrojó en sus ojas, pasa en silencio junto á las moreras umbrosas pintadas con sus pequeñas ubas de color encarnado y negro, y no repara en las frescas orillas regadas por el ambiente del río que encierran como una cuna de flores. El sol que tan claro asoma por lo alto del alamo casi blanco le parece ahora menos brillante, y el canto de la alondra y del colorín que ven iluminadas las higueras llega sin armonia á su oído y como un ruido confuso. Un tierno jazmin que ha crecido en medio de las aguas se mece sin cesar empujado por las ligeras olas, como el lirio que lucha por la tarde con el cefiro, ó como la delgada rama de un manzano oprimida por el pajaró que en ella se paró: parecia que inclinándose á cada instante, queria saludar por última vez la mansa corriente que pasaba y que no verá ya mas. Este espectáculo sencilló escita en él tristes recuerdos, y recorre en un instante la historia de su vida, como el diestro músico egecuta con rapidez los tonos diferentes de una troba sombría. Una de esas sonrisas que desgarran el corazón y hacen brotar lagrimas, asoma á sus labios casi morados, y lanzando una mirada de dolor hacia el árbol nuevo, esclama agobiado por el dolor que ha tiempo le consume: ved en esto al mundo ¡Ved hay al hombre! arrullado en su cuna por la infancia, sueñan ya cerca de él las tempestades que lo han de combatir, como las olas que se estrellan contra la barca vieja donde reposa el niño de un pescador. Apenas ha saludado la vida y principia á vestirse de las bellas galas del amor y de la juventud; un fuerte huracán se levanta en torno y le despoja de ellas, cual des-

truye las ojas de las flores medio abiertas, ó arranca el buey hambriento las yerbas tempranas y los renuevos que crecen al pie de viejos troncos.

Ese jazmin que no vió mas que su cuna cercada de pececillos y verdes obas, hechaba de menos alguna cosa, necesitaba el calor. Levantó ya su mojada cabeza por entre los claros velos que la cubrian y se ha en cantado al ver el sol luciente, los rayos templados han enjugado su humeda cabellera y le han comunicado un impulso desconocido. ¡Mas ay! que está destinado á combatir con la corriente, y á sufrir del noto las sacudidas y baivenes fuertes. Verdes riberas, vedlo en corbado ya como el olmo añoso, ni su sombra se vera apreciada, y sus flores blancas se caerán secas y el agua las arrastrará lejos de allí, sin que la novia joben de la huerta las haya puesto sobre su cabeza.

¡Del mismo modo fue tu amor Maria! Se presentó como una grata aurora, como la estrella en fin que llena de luz sirve de guía al viagero estrabiado en negra noche: conmoviste mi corazón y espacistes sobre él una felicidad tan grande que no puedo decir. Cuan deliciosos fueron aquellos dias! Paseabamonos solos por el jardín al caer la tarde sin que saliese una palabra de nuestros tremulos labios, y el primer amor nos conducia á la fuente que pasaba por medio de las azucenas. ¡Componia con mi mano la grama de la orilla, y apartaba las piedras y los abrojos secos para que no te dañasen; sentado junto á ti estaba temblando de alegría; y despues de suspiros y ruborizarnos cada vez que nos mirabamos, nos dirigiamos algunas espresiones que por lo regular no comprendiamos. ¡Que felicidad! Entonces me amabas, al menos asi me lo decias sin atreverte á levantar la vista, sonrojada como el ángel del pudor: cogia yo entonces tu pequeña mano entre las mias y apretandola suavemente te contaba mis cariños y mis sueños y los sentimientos que

escubria cada dia en mi corazon. Vamonos (decia tu) que va á iluminar ya la luna la copa de los arboles, y saldrán nuestros padres á buscarnos; si vamonos te contestaba, y despues de imprimir mis labios sobre tu mano nos marchabamos, y nos repetiamos mil palabras lisongeras de dicha; un adios tierno, un suspiro triste, algunas flores que cambiabamos, una mirada prolongada, era la despedida de la noche. ¿Por que me detengo en referir esto? Ha pasado ya como toda ilusion de este mundo, ha desaparecido como el resplandor de la antorcha que apagó el viento, ó como el aviso escrito en la arena del desierto. Ah! las sensaciones se han sucedido con los años y se ven las aguas de este rio que no volverán jamas. Ha perdido el corazon su alegria con el desengaño, y esta el alma melancolica y debil con tu desden.

¡Solo el hombre no es feliz en la tierra! Tiene el pajarito triste una soledad donde quejarse, y no le falta en lo alto de una encina una pequeña rama donde llorar; escoje el gorrion una compañera y encuentra siempre el tejado de alguna iglesia vieja, donde pueda alvergarse del invierno y gozar de sus caricias; los campos pierden tambien su verdor y sus flores; pero viene la primavera y se las vuelve; las golondrinas que se estan bañando ahora, se juntan sobre una torre y parten á paises lejanos, pero vuelven en abril á ver sus nidos. ¡Solo el hombre no encuentra un asilo contra el infortunio que le persigue, y nunca se llena el vacio de un corazon, nunca la expresion tan triste como el porvenir que yace para el.

En otro tiempo mejor escuchabas mis suplicas, y el acento festivo de mi lira cuando recitaba nuestros amores; aquellos sonidos eran tan dulces como el primer quejido que escala la virgen cuando nace su amor; y ellos estaban mezclados con nuestras ilusiones y con nuestros recuerdos, como el eco de nu-

estra juventud. Ahora, conociendo que te fastidian he abandonado ya mi instrumento y lo he colocado en un oscuro rincon; casi todas sus cuerdas estan rotas, y han extendido las arañas sobre el sus sucios velos, como para impedir que ni aun un preludio se recorra por el; como el paño que tapa un libro bello, como las gasas que cubren las arpas en tiempo de luto, ó finalmente como la barrera del olvido que separa lo pasado de lo actual. He pasado dos años terribles, sin paz, sin felicidad, sin risas; he marcado esos dias de mi vida con mis lagrimas, y heme envejecido bajo el peso del dolor, como se seca la yerba bajo la ardiente lava de un volcan. Esperando siempre una mirada, aguardando siempre un suspiro, una mirada afectuosa! asi se pasó el sol una vez y otra, sin que sintiere las horas que se iban y sin que se estinguiera mi esperanza: «Un tal vez mañana la veré» era el unico consuelo que me daba para alibiar mi amargura, y para desvanecer los pesimos disgustos. Y aquella mañana no hallé el amigo! No basta ya! Ah rio mio, arrastra este lloró para que lo vea y susurrarle estas quejas cuando pases por alli; ati te escuchará sin ceño alguno y tal vez la ablandaras; yo te suplico para que lo hagas, y te conjuro por los altos montes que te engendran, y los verdes campos que bañan: quedate á Dios rio mio, tu guardas mis secretos en tu seno helado con la misma fidelidad que una tumba.»

Asi acabó doloroso el joven desgraciado, mas triste aun que la cancion de algun naufrago, ó como el arrullo de la tortola cuando está viuda. Y despues de enjugar sus lagrimas y de abandonar una mirada languida á la corriente, pero de esas miradas de desconsuelo, de agonía, se huyó con precipitacion por entre los cañares de la orilla.

Un Estudiante.

MURCIA: *Imprenta de Pedro Soler y Rovi*
Calle de Sta. Isabel Núm. 6.—Año de 1845.